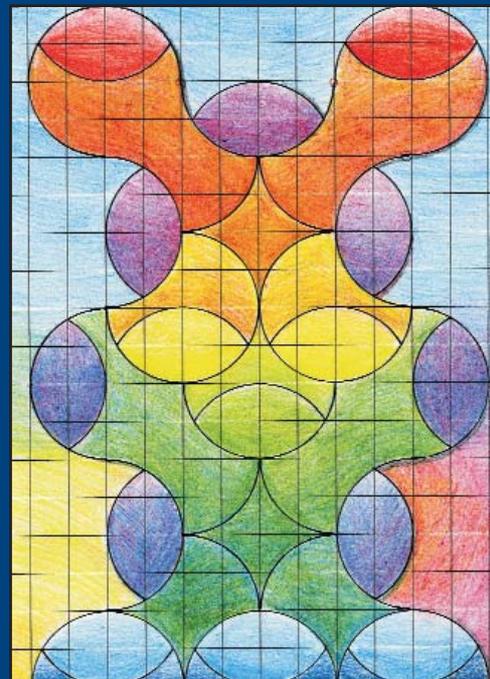


Trabajos realizados
por alumnos de 1º
y 4º de ESO en el
curso 2008-2009





Léeme

nº 8

curso 2008 - 09

Equipo de redacción

Blanca de la Cruz Vicente
Inés García Arribas
Giego González Bocigas
Luis González Santamaría
Severino Lafuente Poza
Benito Royuela Rico
Carmen Ruiz Blanco
Lucía Velasco Peribáñez

Diseño gráfico y maquetación

Severino Lafuente Poza

Corrección de textos

Benito Royuela Rico
José Santos Fernández

Coordinación

Carmen Ruiz Blanco

I.E.S. Cardenal Sandoval y Rojas

Apartado 95
09400 Aranda de Duero
www.iessandoval.net



**Junta de
Castilla y León**
Consejería de Educación

Imprime: GUASA

Tirada: 400 ejemplares

2

Penúltima actuación, *Francisco Blanco Yusta*

3

Voces que se ahogan en el silencio, *Ahinoa del Barrio Lagándara*
Mientras se aleja la vida, *Lara Pecharromán Martín*
Legión de acero, *Álvaro Rodríguez Fernández*
¿Qué es ser ciudadano?, *Cristina Núñez Casado*
Siempre hay algo malo que contar, *Saima Jovied*

14

Mapas, mapas, mapas, *Benito Royuela Rico*
“Wuthering Heights” by Emily Bronte, *Verónica Perdiguero,*
Ana Medina, Raquel García
“El pez dorado” de J. M. G. Le Clézio, *Andrés Velasco Calleja*
¿Qué hago con mi vida?, *Andrea Arrabal Sanz*
Una crisis, otra vida, *Andrea Arrabal Sanz*
La influencia de la televisión en los niños, *Jaime Calle*
La bulimia, *Ángela Arriba*
Símbolos cristianos, *María Vázquez García*

24

Los maestros de mi vida, *Miguel I. Cabornero García*
Si echo la vista atrás..., *Lidia Ballano Lozano*
Un sueño, *Rubén Cuesta Martín*
Energía y sociedad, *Pedro Vicario Delgado*

34

Galerías fotográficas de los grupos de alumnos 2008 - 2009

40

TOTALLY LOND ON, *Departamento de Inglés*
... y en verano, a Finlandia, *Narot Santos*
Camino a Soría, *Carlos Sacristán Martínez*
Visita a CosmoCaixa, *Carlos Sacristán Martínez*
Balonmano.

¡Descubriendo Aranda en la Edad Media, *Carmen Ruiz Blanco*

54

Intercambio con Salon de Provence, *Inés García Arribas*
Eurofestival en Letonia, *Estela Bartolomesanz y Sonia Lozano*
Cómo nos divertimos!, *Mario Juez y Víctor del Cura*
Paseos por Castilla. Pico San Millán, *Jesús Elena González*
Reflexiones de un veterano, *Jesús Fernández Pradales*
El Carnaval y la Asociación de Padres, *Junta Directiva de la A.P.A.*
Chopo, *Departamento de Ciencias Naturales*

PENÚLTIMA ACTUACIÓN



por Francisco Blanco Yusta

"**T**empus fugit". Quizás seamos nosotros los que pasemos a través del tiempo, pisando metas a las que consciente o inconscientemente vamos llegando.

En estos momentos voy a cubrir otra de esas metas, que tiene una relación muy estrecha con el Centro; y digo otra, porque ésta comenzó hace ya bastantes años cuando, siendo niño, pisaba los territorios del Instituto Nacional de Enseñanza Media, luego Instituto Sandoval y Rojas y más tarde Colegio Castilla, para "enrolarme" en la Escuela Preparatoria, previa al ingreso en el bachillerato.

Cuando nos incorporamos, mirábamos a esos enormes muchachos-hombres, que cursaban séptimo o Preuniversitario, con un enorme respeto y una distancia perpetua, y más cuando éramos sometidos, en algunas ocasiones, a manteos y persecuciones en los recreos.

Francisco Blanco Yusta, profesor del Departamento de Economía

Durante los diez años que permanecí –tres de Escuela preparatoria y siete de bachillerato– vienen a mi mente multitud de recuerdos de compañeros y profesores, entre los que se daba una mayor singularidad que en la época actual, o a mí me lo parece, al verlo desde distinto otero. A pesar de todo, creo que entre compañeros alumnos se daba una mayor solidaridad que en la actualidad; recuerdo aquellas asambleas de tercero de bachillerato que celebrábamos en las eras de Santa Catalina, sentados en el suelo, para tomar medidas de boicoteo a las clases de algún profesor, o esos eternos desafíos futbolísticos entre cursos, de más o menos el mismo nivel, que se dilucidaban en los campos de "Cantaburras"...

Pero llega un momento en que sales del Instituto y debes enfrentarte a otros ambientes, lejos de la familia y de los compañeros de siempre, que te van curtiendo y formando la personalidad. Das vueltas por el mundo y, un día, por los avatares de la vida, regresas como "contrario" de los alumnos adon-

de antes lo fuiste tú. ¿Te lo crees? Al principio eres un poco reticente, pero la realidad se va imponiendo y parece que es fruto de esa evolución continua que has tenido en la misma Institución y de la que nunca saliste. En esa vuelta consumes otros doce años, compartiendo el tiempo, incluso, con compañeros que otrora lo fueron de pupitre.

Al final las leyes, las normas y, por qué no, nuestra voluntad, hacen el resto, invitándote a dejar un hueco que será cubierto por otra persona que pondrá la pantalla del olvido.

Pero como hay que seguir adelante, es un buen momento para cultivar plenamente la sensibilidad en áreas que antes no has podido atender con plenitud para sentirte elevado sobre este campo materialista.

Nada más, sólo deseo transmitir optimismo y paciencia, hasta en los momentos más difíciles, porque son la base de la victoria.

Gracias, Paco, muchas gracias.



Voces que se ahogan en el silencio

por Ainhoa del Barrio Lagándara

Premio 1º de Prosa, Categoría C, Concurso Cervantes 2009

**Y dijo la Esfinge: se mueve a cuatro patas por la mañana,
camina erguido al mediodía y utiliza tres pies al atardecer.**

¿Qué es?

Las lágrimas seguían mojando el pañuelo con olor a crema, los ojos eran ahora dos puntos diminutos en su enrojecido rostro y sentía que la cabeza le iba a estallar de un momento a otro; pero a pesar de todo se negaba a dejar de llorar, podía estar así mucho tiempo más, hasta que ellos la oyeran y la levantaran el castigo. No era un llanto estridente pero tampoco prohibido y silencioso; sólo de vez en cuando hipaba y se sonaba la nariz. Cada vez que lo hacía la punzada de dolor era más fuerte, quizá la culpa fuese del perfume de los pañuelos, siempre había odiado ese tipo de exquisiteces innecesarias.

Por suerte no tuvo que seguir con la escena mucho más tiempo; sus padres entraron en la habitación y tras el discurso típico de estas situaciones pronunciaron lo único que ella oyó "puedes salir pero a

condición de...", eso tampoco lo escuchó.

Se secó las lágrimas y se disculpó como lo había hecho miles de veces anteriores, bajó la mirada en un intento por demostrar que de veras estaba arrepentida y en cuanto la mano de su madre soltó el pomo de la puerta corrió a encender el ordenador. No tardó mucho en teclear la contraseña y menos aún en acceder a su perfil de *tuenti*; rápida buscó la foto donde solían poner la hora y el sitio donde habían quedado. Iba mal de tiempo, tenía que estar lista en apenas dos horas.

Llevaba meses esperando para poder ver aquella película. Se había visto cada corto de *youtube*, se sabía el libro de principio a fin y cuanto más leía más se enamoraba de aquella historia, de sus personajes y cómo no del amor. Un amor que te sorprende la tarde menos pensada, que te hace llorar y reír al mismo tiempo; un amor de 15, 16 y 17 años. Un amor desco-

nocido, una historia de 400 páginas, la ilusión de lo inexistente. Se estremecía de arriba a bajo con sólo pensarlo.

Tras la ducha *rápida*, apenas 20 minutos, comenzó a arreglarse el pelo mientras pensaba en la ropa que se pondría. Sabía que en un sala oscura y llena de gente era muy difícil que alguien se fijase en ella; pero aún así nunca se sabe dónde puede estar esperando Cupido dispuesto a hacer de las suyas y con esa idea rondándole la cabeza eligió los tonos de maquillaje de acuerdo a los colores de la ropa y se pulverizó seis veces con el perfume más fresco que tenía: dos en el cuello, una en cada muñeca y las otras dos restantes a la altura de la cintura.

Se subió en los tacones aún sabiendo que llegaría a casa con los pies destrozados y sonrió al espejo antes de seguir con los pequeños y ya finales retoques.

Llegaban tarde, una vez más el tiempo se les había echado encima. Abandonó la idea de fregar a mano los apenas cuatro platos de la comida; pondría el lavavajillas y

Ainhoa del Barrio Lagándara, alumna de 2º B de Bachillerato

todo sería mucho más rápido. Aunque pudiese parecer increíble, en ocasiones echaba de menos tener el tiempo suficiente como para dejar correr el agua sobre las manos a la vez que enjuagaba los platos. Desde hacía unos años estaba convencida de que 24 horas eran insuficientes para una madre, ama de casa, abogada, esposa, contadora de cuentas, enfermera..., eran insuficientes para ella. Puso la pastilla de jabón en su compartimiento correspondiente y programó el tipo de lavado después de presionar la puerta y escuchar el correspondiente *clic*.

Ordenó un par de cosas por aquí, recogió dos o tres más por allá y salió de la cocina si siquiera miró el resultado de lo que acababa de hacer. Había abierto la boca para llamar a su marido cuando le vio de pie, en el salón, con el teléfono en una mano y lo que parecían

documentos importantes en la otra. Volvió a mirar el reloj, o se daban prisa o no llegarían a tiempo.

Decidida entró en la habitación de su hijo y le preparó la ropa con abrigo y deportivas incluidas en apenas un minuto; el niño no apartó la mirada de la pantalla de la consola en todo ese tiempo; es más, no fue consciente de la presencia de su madre hasta que ésta no le mandó empezar a vestirse. Retiró la máquina a un lado en modo *PAUSA* y se cambió tan rápido como sus pequeñas manitas le permitieron para volver a desgastarse la vista y desarrollar una agilidad sorprendente en los dedos.

Pero su madre no estaba allí para verlo.

Se encontraba cual gigante en un mundo de plástico, de casas de ensueño y objetos a escala; donde nada era real, ni siquiera la ropa tan parecida o incluso mejor que la

suya y menos aún lo eran las dueñas de aquellos cuerpos tan perfectos, ya fuesen princesas, médicos o madres de tres hijos.

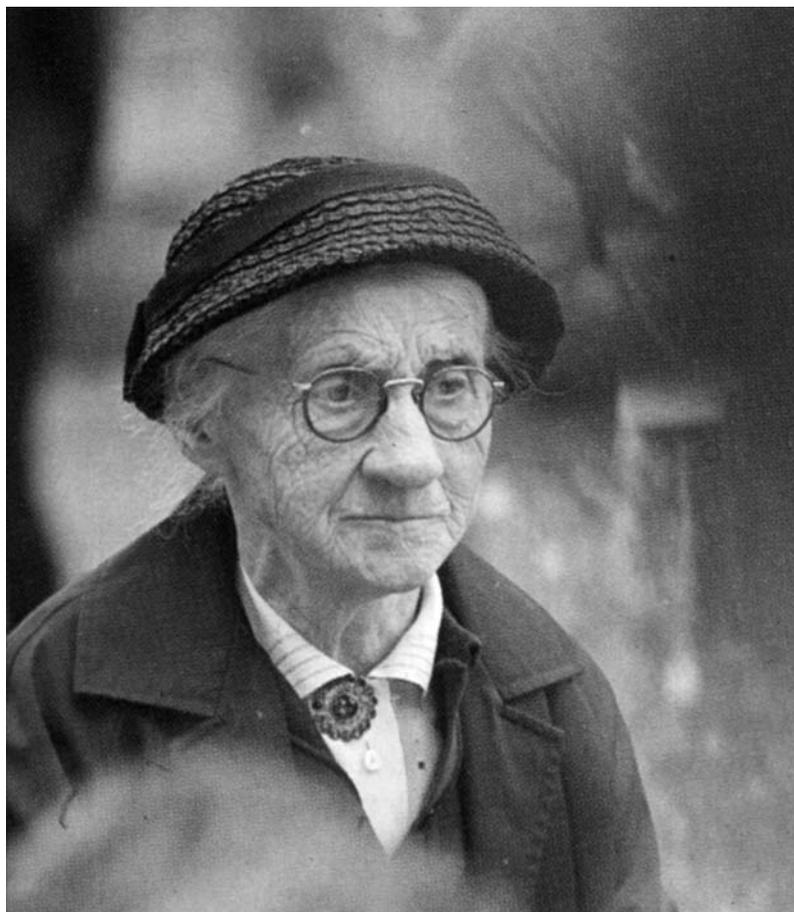
Mismos movimientos. Veloces, seguros, calculados. De nuevo un conjunto de pies a cabeza en apenas un suspiro. Esta vez era el turno de la pequeña. Pero iba a ser complicado. Si las mujeres lo son, cómo no iba a serlo una niña de apenas 6 años. Tres veces se cambió de camiseta, dos de pantalones y se probó unas *converse* y unas *manoletinas*; para acabar decidiéndose por un vestido y unas botas a su parecer monísimas.

Cuando llegó el turno de la madre, apenas sí tenía tiempo para ponerse unos vaqueros y una camiseta. Su marido abrigaba a los niños antes de salir a la calle mientras ella se peinaba rápido y perfumaba más al aire que a sí misma por las prisas. Miró con nostalgia el *carmín* de labios y el *rimmel* pensando cuándo fue la última vez que los usó. Desde luego hacía mucho. Atrás habían quedado aquellas tardes delante del espejo mezclando sombras, de más clara a más oscura, tardes en las que todo tu tiempo era precisamente eso, tuyo. Pero ahora... el *rimmel* estaría seco, las sombras de ojos ocupaban sitio en el cajón y la barra de labios era empleada por su hija cuando jugaba a parecer mayor, mientras que ella deseaba ser pequeña.

Como no podía ser de otra manera, se encontraba sentada en las primeras filas con la ligera sensación de que de un momento a otro al pantalla la terminaría absorbiendo. Casi había terminado con el cartón de palomitas y los nervios la hacían ahora beber sin respirar el refresco de naranja.

La puerta era un ir y venir de





gente, chicas jóvenes como ella que habían arrastrado a sus parejas a ver una película que poco tenía de acción, peleas y sangre; más bien todo lo contrario. Familias sin planes para una monótona tarde, otra más, que habían decidido emplear en lo que podían ser dos horas perdidas en ver una película. Caras de emoción, las voces de los pequeños, dos filas más atrás alguien deseaba con todos sus fuerzas que la adaptación fuese fiel al libro. Poco a poco, como si una voz invisible lo ordenara, el silencio ocupó cada butaca, cada pasillo; las luces se apagaron y el proyector comenzó a reflejar fotogramas de sueños.

Los primeros anuncios de próximas películas acapararon ya por completo la atención de todos los allí presentes; de modo que nadie notó la entrada tardía de una anciana en la sala de cine. Una mujer de pasos cortos y envuelta en un abrigo que parecía pesar más que ella.

Sigilosa pasó por los pasillos buscando sitio. Las filas estaban lle-

nas. Al final se acabó sentando detrás de una familia joven con dos niños. La pequeña tenía los ojos muy abiertos y las manitas cruzadas sobre el vestido. La madre la miraba de reojo y sonreía sabiendo que probablemente era la primera vez que la pequeña iba al cine.

La anciana se acomodó y se confundió entre las cientos de personas de la sala, siempre había amado el cine y procuraba estar enterada de las últimas noticias. Precisamente aquella película había obtenido varias nominaciones y las críticas eran bastante buenas; pero prefería juzgar por ella misma.

.....

Pero cambiemos por unos momentos el curso de la historia.

No os contaré de qué trataba la película; tampoco os diré si la joven se emocionó o conoció a alguien en aquella sala; no llegareis a saber si los niños de aquella madre

tan atareada aguantaron hasta el final de la película; y en cuanto a la opinión de la anciana sobre ésta... os lo dejo a vuestra elección.

Cerrad los ojos y jugad a ser dioses, mirad ahora la sala oscura ¿lo veis?

Allí, en las primeras filas está sentada la **juventud**.

Bella, delicada, efímera, eternamente joven y llena de energía. Sólo una idea es suficiente para mover el mundo o quizá sea todo su mundo. Rebelde, luchadora, jamás se ha rendido ante las dificultades y menos aún ante las prohibiciones.

Infinita y caduca. Ingenua y suspicaz. Inocente y loca.

Seguid recorriendo la sala. Más adelante rodeada de niños, de trabajo, de preocupaciones, está la **madurez**.

Inesperada y longeva. Consciente de sus deberes y nostálgica del tiempo pasado. Hechos que antes eran deseos. Un despertar a la realidad.

Y por último, al fondo, la **vejez**.

Experiencias de toda una vida capaces de juzgar, de comparar, de aconsejar.

Sabiduría y silencio. Instrucciones no escuchadas. Personas olvidadas por temor a que nos recuerden aquello en lo que nos acabaremos convirtiendo.

Voces que se ahogan en el silencio...

Y Edipo respondió: el hombre.



Mientras se aleja la vida

Premio 1º de Prosa, Categoría B, Concurso Cervantes 2009

por Lara Pecharromán Martín

Las campanas repican melancólicas, el día amanece apagado, y el pequeño pueblo busca en sus calles, en sus muros, en cada uno de sus recovecos, las risas y el bullicio que le alegraban días atrás. Las ciudades reclaman a sus vecinos hasta el próximo verano. Mañana partiré yo, pero hoy caminaré entre sus piedras, escucharé sus lamentos, y subiré a la loma que hay en las afueras para despedirme de él.

El cielo, al igual que yo, se siente cada vez más triste y, escondido tras sus largos cabellos grises, comienza a sollozar. No parece encontrar consuelo, pues su suave llanto se convierte en una tormenta que me obliga a buscar cobijo. Corro hasta la casa más cercana y

Lara Pecharromán Martín, alumna de 3º A de E.S.O.

empujo con fuerza su puerta. Una fuerte ráfaga de viento me empuja al interior. Me reciben el polvo, la humedad, y un grueso diario. No puedo apartar la mirada de él y, aunque sé que no debo leerlo, la intriga alarga mi mano y me muestra una página.

"Querido amigo, desde mi más tierna infancia has sido mi fiel compañero, mi confidente, algunas de tus hojas esconden las ilusiones y los sueños de mi juventud, otras ocultan las amargas lágrimas que derramaron mis desdichas. Hoy, este solitario, como me llaman los chiquillos, te busca una vez más. Necesito tu paciencia y tu comprensión para hablarte de la angustia que siento y, con el hálito de vida que me queda, decirte adiós.

Mi corazón late con el ritmo de una triste y lenta melodía.

Mi alma, repleta de añoranza, sólo encuentra consuelo al pasear mi mente por el camino de los recuerdos. Suspira mi pecho con nostalgia por los años que han pasado y que han marcado con su huella mi cuerpo. Ellos han vestido de profundos surcos mi rostro, mis cabellos de blanco y me han encorvado como al tallo de una flor marchita.

Los días, los meses, los años, me han deteriorado tanto que ansío que llegue la noche, que envuelvan sus sombras mi maltrecho cuerpo, que me acune su silencio y que, al cerrar los ojos, me regale bellos sueños.

El vespertino sol da paso al crepúsculo, el cielo se cubre de tinieblas y yo... yo no quiero dormir. Tengo miedo de cerrar los ojos y que no regresen a la vida con la llegada del alba.

La alborada me sonríe con su abanico de colores, el rocío besa a la pradera y la brisa me trae el aroma de la flor del almendro.

Quisiera poder contemplar de nuevo un campo lleno de ababoles, sentir el cosquilleo de las esbeltas espigas, notar el calor de las ardientes miradas del sol, pasear por el camino que lleva al remanso del río, sentarme en su ribera y, bajo la verde bóveda que forma el bosque, escuchar la melodía del viento al danzar con las hojas.

A ti que me viste nacer quisiera no tener que dejarte, pero ya no podrá retirarte la alfombra dorada que te ponga el otoño. Tampoco tendrá mi consuelo en invierno, cuando el frío de sus noches se cuele por tus grietas y giman tus cimientos.

Quisiera... quisiera que el tiempo me diese algunos de los años que con tanta rapidez se ha llevado,

pero sólo a través de los recuerdos y los sueños me permite regresar a ellos."

La tormenta ha cesado y mis ojos anegados de lágrimas se esfuerzan por leer unas líneas que debieron ser escritas por una mano ya muy trémula. Tras varios intentos, consigo descifrarlas.

"He intentado por última vez recordar mi vida a través de tus páginas y me ha resultado imposible. Mi vista está ya muy cansada y las palabras unas veces parece que bailan y otras que se abrazan.

El momento de mi partida se aproxima y en esta ocasión no podrás acompañarme. T  has sido mi mayor tesoro y espero que te encuentre uno de esos chiquillos que, sin ellos saberlo, llenaron de alegría las horas de soledad de un anciano y consiguen que un viejo pueblo sonr a en verano".

Paralizada por la emoción, intentando recordar ese rostro que no se apartaba de la ventana mientras duraban nuestros juegos, se han pasado las horas. Con el diario en mis brazos retomo mi paseo, un paseo repleto de nostalgia.

Transcurre el día, la noche, y, mientras el coche deja atrás el pueblo, el repicar de las campanas me da su despedida. Lejos, cada vez está más lejos, hasta que no es más que una borrosa mancha en la lejanía.

Durante todo el trayecto un libro ha reposado en mi regazo, es mi nuevo compañero, mi confidente, él esconder  en sus páginas los secretos de dos vidas.

–Si de verdad confías en mí no querrás saberlo, solo te pido ese favor. Hay cosas que no se deben saber.



LEGIÓN DE ACERO

por **Álvaro Rodríguez Fernández**

En un lejano planeta, en un lejano futuro, en una guerra eterna...

Para: ÁLison Caudill
Colmena Hades. Habitación 43.654. Pasillo 23/A
ARMAGEDDON

De: Jack Hicks, Soldado Raso
24° Reg. LEGIÓN DE ACERO
ARMAGEDDON

Mi querida ÁLison:

Lo primero que quiero es pedirte perdón por tanto tiempo de silencio. No sé exactamente cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos, ¿9 ó 10 meses? No lo sé. Perdí la cuenta desde el mismo día en que llegué aquí. Además, no sé ni cómo empezar. Todo es tan distinto aquí, en el exterior, fuera de la colmena...

Creo que empezaré a contarte todo cuanto ha acontecido desde que nos separamos.

Como sabes, yo no quería acabar como la gran mayoría de nuestros ancestros: de obrero mal pagado en las factorías de la colmena. ¿Para qué? ¿Para trabajar como un esclavo el resto de mi vida, sin poder aspirar a nada más? Bueno, esa discusión ya la tuvimos. En fin, bien recuerdo que me dijiste que tu padre podía colocarme en un buen lugar de la factoría trabajando con él en el equipo de investigación

Álvaro Rodríguez Fernández, alumno de 2º A de Bachillerato

científica. Pero yo no estaba de acuerdo, pues quería ayudar a nuestro planeta no construyendo tanques, sino combatiendo junto a ellos; y pese a tus quejas y los llantos de mis padres, me alisté en la Guardia Imperial.

Me convertí en recluta, y de vez en cuando me daban días de permiso, que aprovechaba para verte. Pero aquello no podía durar mucho tiempo. Aún recuerdo la última despedida, creyendo que la semana siguiente podríamos volver a vernos. ¡Cuán equivocados estábamos! A los dos días, me cambiaron de destino; un lugar muy distinto a todo cuanto hayas podido soñar. Aquel día nos dieron nuevo equipo, totalmente diferente a los andrajos que llevábamos de civiles. "Menudos ropajes se gastan los soldados", pensé. Ahora estoy harto de llevar la misma ropa durante tantos meses seguidos.

Aparte del ropaje reglamentario del ejército, nos dieron botas altas, un abrigo marrón claro, un casco de acero marrón oscuro con una raya blanca que lo atravesaba longitudinalmente, unas gafas de pro-

tección, un par de guantes marrón oscuro y una mascarilla, además de todo el equipo: un rifle láser, varios cargadores y granadas. Sin embargo, hubo un símbolo en el abrigo que me llamó la atención. Era un círculo negro, con un sol amarillo en su interior y un rayo rojo que lo atravesaba. Supuse que sería el emblema de nuestro regimiento, pero no le di más importancia. Recuerdo el día en que nos ordenaron ponernos correctamente todos los equipos, pues íbamos a salir a la superficie del planeta. Cuando todos estábamos preparados (éramos miles y miles de reclutas los que nos reunimos aquel día), se abrieron unos grandísimos portones y pudimos ver el exterior de nuestro planeta, Armageddon. ¡Es el desierto más seco y letal que existe en toda la galaxia! ÁLison, quizá no te lo creas, pero es cierto: vivimos en un mundo letal. La atmósfera es totalmente nociva para nosotros, por eso tenemos que llevar la mascarilla. ¿Recuerdas que siempre comparaba tus ojos con el color del cielo, azul, luminoso y claro, que veíamos

en las imágenes de los libros? Pues no es así. Quizá sea así en algún otro planeta, quizá sea así en la capital de nuestro Imperio, en la Tierra; pero aquí no lo es. Es un cielo siempre cubierto por una capa de marrón claro, que filtra con ese color la luz de los soles. Además, siempre hay bruma con ese maldito color. Por eso todo nuestro equipo es de color marrón, para poder camuflarnos. Las gafas son para que no tengamos problemas de visión por las tormentas de arena, que, por cierto, son muy frecuentes.

Eso es Armageddon, mi amada: un planeta hostil. Poco después me enteré del porqué de nuestra presencia en este planeta, tan inútil para la vida humana. Al parecer, Armageddon es el centro de un grupo de planetas que cumple unos requisitos estratégicos vitales para la supervivencia de nuestro Imperio. No solo por la ubicación, sino por las materias primas que hay en él. ¿Por qué crees que se fabrican aquí tantos vehículos de combate? Es el planeta que más vehículos de guerra construye para la Guardia Imperial.

Pasaron alrededor de dos meses desde aquella vez que salimos a la superficie, cuando nos acostumbramos a vivir en el exterior y nos enviaron al frente. El mismo frente desde el que te escribo, el mismo desde hace un año, el mismo desde que comenzó esta guerra cuando nosotros ni habíamos nacido. Es una maldita guerra de posiciones. Recuerdo cómo todos los reclutas llegamos a las primeras trincheras ávidos de combatir, pero los veteranos pronto nos quitaron las ilusiones. ¡Cuánta razón tenían y yo no les escuché! Si me vieras la primera vez que sonó la alarma, qué patético fui. Cogí el rifle láser y me dispuse a salir para hacer una carga heroica contra el enemigo, pero un soldado me agarró y tiró de mí. En el mismo lugar donde había estado hacía escasos segundos

rebotó un proyectil enemigo. Entonces, miré al frente y ahí estaban ellos. La imagen más atroz que había visto nunca. Una masa informe de millones de seres verdes, gigantes y aberrantes, armados con todo tipo de chatarra, corrían hacia nosotros con un poderoso y feroz grito en sus gargantas. Brazos enormes, una gran mandíbula, armadura hecha de chatarra y un cuerpo de dos metros y medio de

altura hecho para combatir, además de una piel verde. Así son ellos, Álison. Tú eres el ser más hermoso de la galaxia, tu antónimo son ellos. Como comentaba, venían hacia nosotros corriendo y berreando un sonido que me puso los pelos de punta. Rápidamente los veteranos se prepararon y comenzaron a disparar contra ellos. Yo, aterrado, intenté imitarles, pero tan solo pude agacharme y rezar para



que todo pasara. En aquel momento, un comisario se puso delante de mí y me dijo: "Muchacho, tu planeta te necesita; si no te pones de pie y luchas como el mejor de los soldados, yo mismo te pegaré un tiro" y seguidamente sacó su pistola con la que me apuntó.

Inmediatamente, cogí el rifle y asomándome por la trinchera comencé a disparar. Daba igual que les diéramos o no; daba igual que los de delante murieran. No paraban de avanzar. Es más, si alguno molestaba en su avance a otro, este era apartado por el molestado con un golpe de arma blanca o un tiro en la cabeza. ¡No respetan la vida de nadie! ¡Ni siquiera la de sus compañeros! Nosotros no dejábamos de disparar, pero lo mismo daba. Se oyó la orden de calar bayoneta y así hicimos. Al poco rato se nos echaron encima y tuvimos que defendernos, combatiendo duramente con nuestros fusiles. Salí vivo de aquello de milagro; no puedo decir lo mismo de mis camaradas reclu-

tas. Una hora después (que a mí me pareció eterna) de combatir por cada centímetro de terreno, llegaron nuestros tanques y con sus poderosos cañones comenzaron a hacer estragos en las bestias.

Aprovechamos esta oportunidad y, alentados por las arengas del comisario, eliminamos a todos aquellos que se negaron a retroceder. Como ya te dije, salí vivo de allí de milagro, no por pericia, sino por suerte. De la mayoría de reclutas, una pierna allí, un brazo allá, otro jadeante con varios proyectiles incrustados... Una imagen horrenda, que no fui capaz de aguantar, y me desmayé. Ahora estoy completamente acostumbrado a ello, y no me puedo permitir el lujo de lamentar la pérdida de un camarada, pues pierdo decenas cada día.

A la semana siguiente, me quitaron la línea blanca del casco y dejé de ser recluta para ser oficialmente Soldado de la LEGIÓN DE ACERO. No podía creerme que aquello me

podiera pasar a mí. "Álison se enorgullecerá de mí en cuanto se entere de esto", pensé. Sí, mi vida; ahora formo parte de la mítica Legión de Acero; la que siempre aparecía en los libros de Historia como la salvadora de nuestro planeta en esta guerra que comenzó hace décadas. La Legión de Acero, Álison. ¿No te lo crees, verdad? ¡Somos famosos en todo el Imperio! El orgullo del Emperador, nos dijo el comandante. Después del VIII de Cadia, la Legión de Acero es el mejor regimiento de la Guardia Imperial. ¡Y ahora soy uno de ellos!

Solo unos pocos logramos aguantar una semana. Entonces entendí porqué la Legión de Acero es tan famosa y célebre. Porque combatimos día sí día también contra un enemigo que nos supera en número y es mucho más poderoso. Y nunca nos rendimos, nunca somos derrotados ni lo seremos jamás.

Ha pasado más de medio año desde entonces y ahora puedo decir que mi supervivencia ya no es por suerte, sino por la destreza adquirida en combate. No puedo hacer amigos, pues cada día mueren muchos de mis compañeros; pero pensar en ti me ayuda mucho. Pensar que algún día podré volver a verte es lo que más me ayuda a seguir viviendo. Tu cabello aterciopelado y rubio, tu tez suave y pálida y tus ojos azules y claros aparecen continuamente en mis sueños, y pienso que vale la pena sobrevivir, si eso es lo que me espera cuando vuelva.

Hoy nos han dado el día libre a los chicos de mi regimiento y a mí, y por eso he podido escribirte. Si algún día me dan un permiso, lo primero que haré será ir a verte, pues es lo que más deseo.

Te adora, te ama, te necesita:

Jack Hicks

